

# LA RESTAURACION DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA DEL ROSARIO

Oct-1944

**REPRODUCIMOS**, complacidamente, en este número de Arquitectura, la hermosa carta que nos envía nuestro muy querido amigo y compañero el Arquitecto Pedro Martínez Inclán, Profesor de las asignaturas de Urbanismo e Historia del Ornamento de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de La Habana, donde nos expresa, con la encantadora amenidad de su gran cultura artística, la autorizada opinión suya sobre los trabajos restauradores que se están realizando en la iglesia de Santa María del Rosario.

Los conceptos que emite el profesor Martínez Inclán sobre lo que deben ser las restauraciones, merecen tenerse siempre muy presentes, en estos momentos en que la fiebre de restaurar apasiona a tantas personas, animadas siempre de la mejor voluntad, pero carentes, en la mayoría de los casos, de la preparación suficiente para opinar acertadamente o realizar por su propia cuenta, tan difíciles empeños.

En cuanto al trabajo que nos encomienda sobre la historia de tan interesante templo católico, le prometemos complacerle pronto, significándole a la vez, con toda sinceridad, que nos llena de verdadera complacencia los elogios que hace en su bella carta, sobre nuestra modesta capacidad de narrador de cosas viejas, elogios que, bien sabemos, sólo pueden inspirarlos el gran afecto que nos une desde la época, ya lejana de nuestra vida estudiantil universitaria.

L. B. S.

Sr. Arq. Luis Bay y Sevilla,  
Director de la REVISTA ARQUITECTURA.

Querido Luis:

Permíteme que me vaya de Arqueología hoy, de brazo contigo en esta Revista del Colegio que tantas veces has llenado con brillantes páginas sobre diversos asuntos de Arquitectura Colonial.

Fallecido aquel eminente investigador que tan pronto y tan injustamente hemos olvidado; aquel médico gaditano que tanto amó a Cuba y que quiso más a la Habana que muchos habaneros; fallecido, digo, el Dr. Pérez Beato que bien merece uno de esos bustos que tanto se prodigan en nuestra urbe, tú eres a mi juicio, el máximo cronista de nuestro pasado y muy especialmente en lo que concierne al Arte Religioso. Por eso me dirijo a tí con estas líneas.

Es el caso, que acostumbro a visitar todos los años en los días de la fiesta de su Patrona, a la antigua Catedral de los Campos, o sea a la Iglesia de Santa María del Rosario. Hace unos 14 años que tu Revista publicaba una conferencia leída por mí en nuestro Colegio de Arquitectos. Ella tuvo el único mérito de despertar el interés por ese olvidado monumento de los tiempos coloniales. Posteriormente, visitas de profesores y alumnos universitarios, de artistas y de personas cultas, mantuvieron ese interés que, culminó

en la declaración de monumento nacional de la Iglesia, a petición del Académico Sr. Antonio Iraizoz.

Pues bien; hoy, 7 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario fuí como de costumbre a visitar la Catedral de los Campos. Apenas traspuse los umbrales de su antigua y claveteada puerta, quedé agradablemente sorprendido. Aquel olor a humedad, a maderas podridas, a materia orgánica en descomposición que siempre noté en otras ocasiones, había desaparecido por completo. Mi asombro no tuvo límites al mirar al Altar Mayor. Brillaba con ese color de oro viejo que sólo la patina del tiempo acentúa e irisa; parecía una inmensa joya de complicada labor de orfebrería. El nicho con concha donde se cobija la pequeña imagen blanca de la Virgen, con su manto de terciopelo negro y una gran luna a sus pies o había sido dorado de nuevo o retocado y limpio de tal modo que brillaba como un ascua al reflejar la luz oculta y discreta que lo iluminaba.

Hace varios años, tuve la desgracia de estar presente en un día semejante al de hoy a la caída de un gran pedazo del enorme manto de madera terminado por colosal corona que servía de marco y remate al altar. Este manto ha desaparecido por completo, no sé si por estar totalmente podrido. Pero los que cuidan ocultamente de la Iglesia, han tenido el talento de no substituirlo todavía por otro motivo de moderna factura. Algunos lienzos de los altares y de los de las pechinas del crucero han sido arrancadas probablemente con el propósito plausible de retocarlos. Todas las maderas podridas de los altares, todo lo que estaba amenazando con la destrucción completa de sus maderas ha sido cuidadosamente suprimido.

La nave lucía más grandiosa que nunca con sus bancos colocados en el centro de la Iglesia dejando a uno y otro lado grandes espacios vacíos mostrando el primitivo pavimento de piedra cuidadosamente rejuntado.

En el techo, en ese techo de estilo mudejar, en que eran maestros los carpinteros de la Colonia, no se veía ni una sola de las manchas blancas que denuncian las filtraciones y la ruina. La bella puerta del Baptisterio ha sido cuidadosa y hábilmente arreglada conservando su carácter y su material todavía útil.

Creo tener algo más de arquitecto que de arqueólogo; pero confieso, que disfruté por una hora de uno de esos espirituales gozos que sólo se sienten bajo las

naves centenarias silenciosas y plácidas de los viejos monumentos religiosos, evocadores permanentes de hechos, gentes y costumbres del pasado.

Se celebraba una misa solmense en aquel inmenso altar y frente a la casi desierta nave. Bien, por aquel Párroco joven, que ayudado por otros dos de su propia edad; párrocos probablemente de pueblos vecinos, celebraba sin inmutarse el Santo Sacrificio, con toda la solemnidad que la Catedral de los Campos merece; sin ocuparse del insignificante número de sus fieles. Después del Evangelio, sube al púlpito y con una clara y pausada voz, platica de modo sencillo sobre los misterios del Rosario sin desplantes oratorios ni párrafos altisonantes que tan mal hubieran sonado bajo aquellos techos mudéjares de arquitectura carpintera y entre aquellos lisos y enjabelgados muros, dos veces centenarios.

Terminada la misma, los sacerdotes se revistieron con ricas dalmáticas de bellas telas y color de oro viejo; de ese oro viejo que sólo se ve ya en los templos multacentenarios.

La procesión al rededor de la Iglesia terminó frente a una imagen de la Virgen vestida de blancas telas; una virgen sencilla e ingenua que recuerda a las muchachas cubanas de tiempos pasados. Cuánto lamenté no ver allí una sola persona con aspecto de capitalina entre todo el auditorio! ¡Cuán conmovedora, cuán piadosa, aquella letanía terminada de pie ante la imagen de la Patrona de la vieja villa! ¡Qué bien hubiera merecido ser oída por las más cultas damas de la Sociedad Habanera!

Un monaguillo nos entrega como recuerdo un pequeñísimo panfleto de 2 por 2 pulgadas a lo sumo, contenido una historia abreviada de la Iglesia. He aquí algunos de sus párrafos con los comentarios que me sugirió su lectura.

"Este templo, dice, es el de mayor capacidad construido hasta ahora en Cuba; mide 55 metros de largo por 25 de ancho." No tengo en la memoria el tamaño de todos los templos de Cuba; pero sí me parece que el ancho a que se refiere el folleto es el del crucero, pues la nave parece ser de unos 12 metros de anchura, lo cual es bastante para estar cubierta por un simple techo de tejas de disposición mudéjar como ya se apuntó y sin armaduras rígidas.

"Atesora esta Iglesia once altares, nueve de los cuales son de estilo churrigueresco, labrados en maderas de cedro imitando mármol azul celeste; sus dorados son de oro de 22 kilates."

"El altar mayor verdadero monumento de arte Colonial es de proporciones gigantescas; mide 10 metros de ancho por 15 metros de alto y está enclavado en un suntuoso presbiterio, cuyo piso original era de mármol. Este altar está considerado como único en Cuba y la América Española."

Francamente: esta última observación me ha dejado un tanto perplejo. Se trata indiscutiblemente de un grandioso altar de muy bellas proporciones en algunas de sus partes; pero el recuerdo de los que he visto en Méjico, en Taxco por ejemplo, no se han

borrado aún de mi mente; y reconociendo que se trata de un gran altar de indiscutible mérito artístico, aún haciendo abstracción de época y estilo, no me atrevería a dar sin consultar documentos una opinión tan radical como la expresada.

"Los nombres más destacados en las Artes de todos los tiempos, contribuyeron también a la grandeza de esta magnífica obra, pues posee un cuadro, representando a San Ignacio de Loyola debido al pincel del inmenso Velázquez y entre sus alhajas que son de plata repujada, cuenta con un cáliz debido al gran orfebre, Bembenuto Cellini."

¡Pobre de mí, que traté de describir esta Catedral y sólo me ocupé de los viejos óleos de Nicolás de la Escalera, tratando de pasada y como sobre áscuas del resto de los lienzos, a pintores españoles de la época...!

¿No te parecería interesante Luis amigo, el hacer una visita a esa Iglesia y poner en claro lo que haya de ese Loyola de Velázquez que pudiera ser comprado para el Museo Nacional sirviendo el producto de la compra para restaurar y mantener el templo en buen estado por gran número de años? Tú pudieras hacerlo ayudado bien por nuestro compañero Onetti a quien se debe el que esa iglesia subsista todavía o bien por nuestros compañeros de Academia Dr. Chacón y Calvo descendiente a lo que creo del Conde de Casa Bayona y Antonio Iraizoz, que vive en Santa María del Rosario.

Al salir de la Iglesia pregunté por el nombre del párroco actual y me dijeron que se apellida Martínez. Vamos, pensé, también los Martínez servimos para algo; pues este párroco es indudablemente, a lo que se ve, un sacerdote celoso de la conservación de su iglesia.

En fin se me ha dicho que un Patronato tiene a su cargo la conservación del monumento. Felicito sinceramente a ese Patronato por lo que lleva hecho hasta ahora y aprovecho la oportunidad para recordar, por si se piensa en restauraciones, dos o tres ideas que suelo explicar a mis alumnos y que no por ser bien conocidas suelen tenerse en cuenta siempre en la restauración de monumentos.

Es la regla clásica acerca de restauraciones; para el escultor, no esculpir; para el arquitecto, no construir; y para el pintor, no pintar. Cuando el arquitecto español Velázquez fué conservador de la Alhambra, no tuvo escrúpulos en reconstruir multitud de estudios árabes en los lugares más notables del edificio, según mis informes tomados en Granada. Nombrado su sucesor el antiguo Secretario de la Sociedad de Arquitectos Españoles Sr. L. Torres Balbas, éste tuvo gran cuidado de no construir sino de limpiar, arreglar y poner en valor todo lo que estaba a su cargo. Pude admirar su labor en varias torres del recinto de la Alhambra y confieso que su obra me pareció muy superior a la de Velázquez; aún haciendo caso omiso de lo que representa una mistificación junto a una verdad histórica.

Sin embargo: las opiniones difieren hoy en estos puntos. El motivo de la regla clásica es principal-

mente lo difícil que resulta, en nuestros tiempos, esculpir, pintar proyectar o construir con el espíritu de los artistas de siglos pasados; por lo cual, las partes renovadas, suele constituir intolerables *pastiches* o malas imitaciones de cosas antiguas. ¿No resultaría ridículo el imitar las imperfecciones y defectos de técnica de los artistas de épocas pasadas?

Ahora bien: cuando todavía conservaba La Historia para execración y escarnio de las gentes el nombre del oficial luxemburgués que en una tarde o noche de septiembre de 1687 apuntó los cañones de la batería Este de su barco que pertenecía a la armada auxiliar del Koenigsmark al Partenón de Atenas, logrando un blanco tan notable que hizo volar en cien piezas las más grandiosas esculturas salidas de la mano del hombre; cuando todavía no habíamos aprendido que la destrucción de los más famosos monumentos históricos por razones de guerra constituyen un insignificante episodio de las contiendas entre las naciones más civilizadas del mundo; allá durante la guerra mundial de 1914, una granada alemana destruyó parte de la nave de la Catedral de Reims, y con ella un buen número de imágenes del siglo XIII. Una revista de París abrió una *enquête* sobre si sería mejor no esculpir nuevas estatuas, dejando el vacío como testigo mudo de la barbarie cometida por los hijos de Marte; o si debía restaurarse totalmente lo construido sin tratar desde luego de imitar lo inimitable; esto es, lo hecho 6 siglos antes. Recuerdo una de las contestaciones, entre otras más o menos originales. "Yo prefiero, decía un lector, ver la boca de una muchacha con un diente postizo que la boca de una muchacha en que falta un diente." Parece que la opinión general fué de acuerdo con tan curiosa respuesta.

De todos modos, cualquier restauración requiere un estudio largo y difícil; un respeto muy grande de la verdad histórica y un cuidado especial de reconstruir lo menos posible, lo que sea absolutamente indispensable para la conservación del monumento.

Dice todavía el pequeño panfleto al hablar de la fundación de la villa, o mejor dicho, de la Ciudad, título que otorgó la carta de fundación, que Santa María del Rosario fué iniciada con treinta familias libres de toda sangre de la raza negra. Pero noto que a pesar de señalar el librito esta condición en una época de no discriminación racial en nuestro país, olvida mencionar que la cédula decía de sangre de negros y judíos. ¿Cuál puede ser la causa de esa omisión del copista?

Al final hallé la respuesta a esta pregunta. La historia está traducida al inglés, tan literalmente por cierto, que casi se conserva íntegra la construcción española. Parece que el panfleto fué preparado para los señores turistas y bien pudiera haber entre ellos cierto número de judíos.

Por mi parte yo hubiera omitido ambas discriminaciones pues entiendo que ellas son en nuestro siglo propias de espíritus vulgares y de pueblos no muy avanzados en cultura social.

Pero noto querido amigo, que me estoy extendiendo demasiado. Si te parece que esta carta tiene algo de interesante, ¿podrías publicarla en la Revista, acompañada de algunas de las excelentes ilustraciones de tu archivo, como anuncio de tu próximo, documentado artículo sobre la Catedral de los Campos de Cuba y fundación de la ciudad de Nuestra Señora del Rosario.

Quedo tuyo afectísimo amigo y compañero,

P. MARTINEZ INCLAN



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA